

CAPÍTULO IX

El coronel Astucia jefe de la Seguridad Pública. — El tompeate.
Los colgados del Rotito. — Estrategias y proscripción de Astucia.

En la noche se reunió con la junta menor, dió cuenta de lo ocurrido, sujetó á su aprobación el presupuesto, separó su importe para remitirlo á los interesados, cubriendo la data con un recibo suyo como apoderado reconocido por el gobierno, entregó el resto y se dispuso proceder á la compra de armamento que proporcionó un sujeto de México, de un contrabando de fusiles que introdujo por el puerto de Tampico, contratando ochocientos á quince pesos con su respectiva dotación de parque del calibre de quince adarmes, y cápsulas de refacción, recibiendo de tres á cuatro mil pesos mensuales de abono hasta cubrirle su cantidad, bajo la responsiva de un individuo de la junta menor que prestó su firma, y aquel mismo mes los fueron recibiendo en varias partidas, con distintos disfraces y en diversos puntos, de modo que sólo los interesados estaban al tanto del negocio. Un maestro herrero de confianza con los criados del coronel, y él mismo improvisaron su maestranza en la cima del cerro de la Culebra donde puso su depósito, y se dedicaron á desempaquetar las armas, limpiarlas y ponerlas en corriente; en cuanto había listas algunas, se iba á los pueblos, hacía que la autoridad citara en secreto á todos los hombres de bien que le inspiraban confianza para el sitio más oculto, y allí reunidos les decía: — Señores, ¿quieren vds. defender el orden, y no dejarse atropellar de los bandidos? — Sí, señor, contestaban, pero no tenemos armas, ni... — Aquí están, á cada uno le regalo su fusil con seis paradas de cartuchos y cien cápsulas de refacción, mírenlos flamantes y listos, cada cual oculte el suyo donde le parezca, procuren subirse al cerro á ejercitarse, á tirar

conejos, á matar venados, para que cuando le apunten á un bandido no se les vaya ni anden cerrando los ojos; desde este momento son mis soldados, los fieles sostenedores de sus autoridades respectivas, y la fuerza de Seguridad Pública que aquí restablezca el orden y la paz. No tenemos cuartel, guardias ni ningún servicio que cause trastorno en nuestros trabajos y atenciones. Luego que cualquiera se mire asaltado, se sube á la azotea y les echa balazos á cuanto pícaro quiera apropiarse de sus intereses, mutuamente cuidense vecinos con vecinos, y pueblos con pueblos, haciendas y ranchos. De cuanta gente sospechosa vean entrar al valle, avísenle á sus alcaldes para que con sus merinos por cordillera me den noticia desde luego. Si nuestras autoridades que son sus jefes inmediatos necesitan de sus auxilios, el solo toque de campana ó cualquier otro llamado, basta para que todos se le presenten con sus armas y parque listos, y lo mismo hacen cuando para una causa pública ó alarma general, vean prendida una luminaria en la punta del cerro de la Culebra si es de noche, ó una humareda continua si fuere de día, entonces, amigos, será cuando yo necesite de su favor, se reúnen con sus alcaldes y esperan mis órdenes; ¿qué les parecen mis proposiciones, puedo contar con vds.? — Sí, señor coronel. — Sí, sí, respondían contentos. — Pues ahora sólo me resta hacerles algunas prevenciones. Oculten sus armas para que tanto los bandidos como los trastornadores del orden ignoren que estamos armados, porque quiero que si vuelve el *Rotito* que últimamente nos vino á robar, entren todos al valle y no dejemos salir á ninguno; aquí me llevo una lista, y otra queda en poder del señor alcalde de los soldados de la seguridad de este pueblo, nunca hemos de salir de nuestro territorio por causa política ninguna, porque no defendemos á ningún partido. El día que se me antoje vendré á pasar revista, y el que no conserve su arma en corriente como se la entrego, la abandone ó haga mal uso de ella, mireu, ahí traigo una reata florideña en los tientos con que lo cuelgo sin más averiguación sea quien fuere; los que quieran pertenecer á la caballería avísenme para darles tercerolas en lugar de fusiles, pero no por eso tienen cuerpo separado, sino los mismos jefes, y prestarán su auxilio montados. Por supuesto como no tienen ningunas fatigas, tam-

poco pueden exigir ninguna clase de sueldo, ni nada por los servicios que prestan, ¿están conformes? — Sí, sí, era la respuesta que todos daban, y de ese modo fué armando pueblos, haciendas y ranchos, á la vez que con su lista de revoltosos y mañositos los iba mirando personalmente diciéndoles: — Mire, D. Fulanito, el gobierno tiene muy malos informes de su conducta, en esta lista de los que mandó colgar está su nombre, yo debo cumplir con mi deber porque para eso me paga, lárguese á dar guerra á otra parte, y no me ponga en el compromiso de verlo columpiarse del pescuezo en un palo de éstos, si acaso alguno le pregunta por mí no diga que me ha visto, porque se figurarán que no sirvo para lo que me han comisionado, conque váyase, negrito, váyase, le doy dos días para que cargue con sus tilichitos, y cuidado como vuelve á poner un pie por estos rumbos, porque no le he de tener consideración alguna, y esta reulita no me la revienta de un jalón. Así en unos cuantos días fué desterrando del valle á cuantos le dijeron que eran nocivos y á otros haciéndolos entrar al orden, los tenía siempre muy azorados con su reata florideña que fué la única arma que portaba. Se dedicó á regularizar las entradas de alcabalas y contribuciones con moderadas iguales, simplificó la recaudación suprimiendo receptorías hasta el extremo de no tener más que simples colectores, perdonó recargos, abolió la facultad coactiva, quitó la contribución directa, la personal, no volvieron todos aquellos vecinos á tener más préstamos ni ninguna más gabela y con mucho gusto y puntualidad satisfacían sus iguales y alcabalas proporcionales, y cosa rara, habiendo hecho tanta quita, las entradas aumentaron una cuarta parte más que en las épocas anteriores. — ¿Por qué ha resultado este fenómeno, amigo Coronel? dijo uno de la junta menor. — Señor, le contestó, por ahora tenemos manos puras, y antes había puras manos, desde aquí comenzaba el agua de este manantial á resumirse, la sangre social tiene más sanguijuelas que la chupan, que la sangre humana, y no vamos á medias con el gobierno.

Con varios pretextos estuvieron contestando las repetidas órdenes que de Morelia se recibían exigiendo las remisiones de dinero, cortes de caja, etc. La primera vez le mandó al nuevo empleado que contestara que el *Rotito* se había llevado los fon-

dos, y acompañó un certificado de la Prefectura, agregando que el señor administrador no escribía porque estaba en cama de la tranquiza que le dieron, también el Prefecto ofició al gobierno contándole aquel hecho escandaloso, y como de costumbre pidiendo que le mandaran fuerzas para defenderse, se pasó casi otro mes, y le vinieron contestando echándole un resoplido y extrañando que no tuviera ya puestos sobre las armas á los rurales y veintenas que dispuso el soberano congreso, apremiándolo para que sin pérdida de tiempo hiciera cumplir con ese superior decreto. En el tercer mes sólo dijo el escribiente que el señor administrador había ido por allá bajo á conseguir libranzas, porque los caminos estaban plagados de ladrones, y así con distintos pretextos entretuvo las exigencias cerca de cuatro meses; cansado de escribir y más que todo extrañando las entradas de tres meses en Morelia, dispuso el comisario mandar un visitador, con un empleado que sustituyera al administrador en caso de estar mal en sus cuentas como se lo suponían. — Desde que llegó á Tajimaroa tuvo el coronel Astucia la noticia de que seguido de treinta hombres de escolta, venía un empleado de Morelia á visitar la Aduana de Zitácuaro. Reunió á sus *todos* á junta general y les dijo: — Ya chilló el cochino, caballeros, y yo estoy determinado á no soltarle el mecate más que se ahogue; viene un visitador mandado por el gobierno, lo de menos era acabarlos, tengo más de doscientos hombres armados muy listos y entusiastas y si les hacemos fuego se descubre que tenemos armas, los ladrones para quien están destinadas no vuelven por aquí y mi plan se desconcierta, porque quiero que entren todos y no salga ninguno principalmente el *Rotito* con sus achichintles que nos tiene agraviados; sin embargo, lo que vds. dispongan eso se hace, yo con mudar la oficina recaudadora al cerro de Coopero ó á Capirio, estoy seguro de que la visite el amiguitó que viene. — Y si yo hago lo mismo con la prefectura, dijo el Prefecto, no se encontrarán en la villa con quien entenderse. — Pero eso daría mucho en que pensar, replicó uno, le darían á ese hecho mil colores, formarían multitud de comentarios, y al fin vendrían á suponerse la verdad del negocio, es decir, que aquí nos habíamos pronunciado contra el Erario del Estado, y... — Pararían en suponer tanto al

coronel como al Prefecto, siguió diciendo otro, que eran unos bandidos ni más ni menos que el *Rotito*. — Eso nada me supone, dijo Astucia, el señor prefecto lo recibe, le cuenta que soy un nuevo bandido que aquí se ha levantado, que los he obligado á que me paguen, que tengo mucha gente, y cuanto más digan todos de mi poder, mis excesos y depredaciones, menos se determinan á poner el remedio ni mandar quien me escarmiente. — Eso sería lo mismo, advirtió otro, que declarar á nuestro amigo coronel, á nuestro generoso *uno* por un bandido, cuando por nuestro honor mismo debemos sus *todos* no consentir en semejante degradación, que pararía en notable perjuicio de su persona directamente; discurramos otro modo que no sea tan escandaloso y perjudicial á nuestra causa.

Hubo sus debates acalorados, y profundizándose la materia presentaba cada vez más inconvenientes para salir bien del negocio y salvar el compromiso de los que sacaran la cara, hasta que Astucia les dijo: — No es el león tan fiero como lo pintan, caballeros, y á mi juicio creo que mejor que fuerza y dar que decir, es que ocurramos á los ardides, ó como si dijéramos secretos de gabinete y estrategias militares, *con Astucia y Reflexión se aprovecha la ocasión*; ahora es tiempo de esto último, la ocasión se nos viene á las manos y con que logremos con una buena veteranada entompear al tal visitador, yo les aseguro que dentro de ocho días está todo el gobierno entompeado, y se conjuga el verbo *tompeate* por todos tiempos, si vds. gustan tener un ratito de solaz y risa, es negocio hecho, y ya veremos si para más tarde discurrimos otra cosa.

— Corrientes, ¿y qué es lo que vd. necesita para el *tompeate*? — Una cosa muy sencilla, que cada cual lleve bien abastecido el suyo de municiones de boca, para almorzar después de la acción en buena armonía; mañana á las seis espero á vds. acompañados de sus criados bien montados y armados, en el potrero de San Victoriano en el rancho de Pancho López. Hoy se vendrá á quedar ese sujeto con su escolta á Tuxpan; vd., señor D. Fulano, luego que llegue hágame favor de avisar al alcalde, que no se den por entendidos, y los dejen en sana paz alojarse en el mesón, que mañana reunidos en el punto indicado, verán desarrollado el plan que meditado tengo, y no

hay que olvidarse de los *tompeates*. — ¡Viva nuestro *uno*! — ¡Vivan mis *todos*! y se disolvió la reunión.

Antes de las seis estaban en el huizachal de San Victoriano los treinta y dos *todos* con sus criados, los formó cerca de la puerta de golpe en batalla, á cosa de ochenta, ó cien varas de distancia del camino, nombró á uno de los más guapos de capitán, para que cuando él pasara ocurriera á recibir órdenes diciéndoles: — La fuerza que aquí vean formada esos amiguitos, será el primer escuadrón de la Seguridad pública. En cuanto yo los interne por el camino viejo, vds. se van desfilando con calma por todo el apantle hasta aparecer en grupos en el potrero de los Aguajes, y de allí á una seña mía, se desprende vd., D. Manuelito, también á recibir órdenes, y esa gente será la del segundo escuadrón; luego que nosotros entremos al carril, destapan vds., para el rincón, rompen la cerca y por los tecorrales se meten al rancho, dejan quince ó veinte hombres de guardia en la puerta, y el resto se forma en el corral grande con brida en mano, porque esa fuerza será el tercer escuadrón que manda el coronel en persona, yo no seré más que su simple ayudante con el nombre de Chepe, Josesillo, ó Chepillo, ya están al tanto de la orden general; présteme vd. su manga, señor D. Francisco, vd. su machete, D. Julián, y pónganse á figurar en el primer lugar allí contra la cerca. Tenga, amigo D. Rafael, llévase esa comunicación al mesón de doña Chucha, la entrega y no espera respuesta. Sígueme, Chango, y tú, Simón, espérame aquí. Arrancó para el rancho, dejó en un instante todo listo y volvió á situarse á la puerta de golpe, donde lo esperaba Simón con el clarín del Chango colgado en la espalda.

El enviado con la comunicación regresó pronto, diciendo que al oficial que mandaba la escolta se la había entregado, éste sorprendido leyó el sobre que decía: «Al señor, mandado por el gobierno del Estado. Del jefe de la Seguridad Pública», urgente. Entró luego despertando al visitador y su compañero, que muy cansados reposaban. — Oficio al canto, amigos míos, y con su renglón de urgente. — Abralo, capitán, á ver qué se ofrece. — Pues atención, en el membrete: — «Seguridad Pública del Valle de Quencio. Servicio nacional. — Extraño

« mucho que siendo yo el jefe de la Seguridad Pública de este valle, se venga vd. metiendo sin mi licencia ni conocimiento con fuerza armada, y le prevengo que si dentro de media hora no se me presenta á demostrarme el objeto de su venida, lo consideraré como trastornador del orden, y los colgaremos á todos para castigar su audacia; son las seis y veinte minutos, en la puerta de golpe lo espera uno de mis ayudantes, para conducirlo á mi presencia. — Dios, Libertad y Federación, etc. — Astucia. Señor empleado ó lo que sea del gobierno del Estado de Michoacán. » — Esto está malo, dijo el visitador que á toda prisa se empezó á vestir, apenas faltan quince minutos. — La cosa es seria, dijo su compañero, voy á que ensillen luego luego. — Ya está todo listo, replicó el capitán, ¿pero quién es ese Astucia, que se da tanto paquete? — Oiga, amigo, le preguntó al huésped que atravesaba el patio. ¿Quién es un señor Astucia? — Vaya una pregunta, le contestó, cómo quién, el jefe de la Seguridad, y se retiró. — Deje su fuerza lista y acompáñenos, capitán: no sea el diablo que este reloj esté atrasado y... — Vamos, dijo, y á mí me toca por obligación como subalterno, no nos vayan á considerar trastornadores y llevemos un susto. Andenle, ándenle, monten y no perdamos tiempo. Y sin desayunarse corrieron muy azorados preguntando por la puerta de golpe de San Victoriano.

— ¿Son vds. los que vienen de la capital del Estado? preguntó Astucia sin meterse á saludarlos. — Sí, compañero, respondió el capitán, y condúzcanos á la presencia de su coronel. — Síganme, caballeros, y se fué seguido de Simón con su clarín guiando al capitán, el visitador, el empleado, un asistente y un criado que ocurrieron á la intimación. Al pasar frente á los formados, se desprendió el nombrado capitán diciendo: ¿Qué haces, Pepillo? ¿qué manda mi coronel? Señores, felices días. — Mi capitán, dice el coronel que se esté vd. ahí firme con su gente hasta nueva orden, hasta luego. — Adiós, Pepe. — A las órdenes de vds., caballeros. Quebró su caballo y se fué á reunir con los suyos. — Bonita fuercecita, exclamó el capitán mirando á la formación que se medio distinguía, por entre los huizachales. — Sí, señor, contestó Astucia, éste es el pri-

mer escuadrón de la seguridad pública. — Y tomó el camino más largo, emboscándolos por lo más espeso, al salir de tanto matorral lo primero que apareció á su vista como á trescientas varas de distancia en un llanito fué mucha gente, unos á pie paseando sus caballos, otros componiendo sus sillas y la dispersión en que estaban, hacía que pareciera mucho mayor su número; llama al comandante Casorla, le dijo Astucia á Simón: Que me dispense una palabra, á no, espérate, ya viene allí corriendo, y llegó el segundo nombrado. — Vd. perdone, mi comandante, pero por no abandonar á estos señores. — ¿Qué se ofrece, Chepe? no me andes con perdones. — Dice mi coronel que se vaya vd. á situar con su fuerza al cerro de Tarrimoro y que si encuentra por ahí alguna gente sospechosa, que eche á sus muchachos á que retocen tantito: hasta la vista, mi comandante. — Adiós, y con el sombrero hizo á los otros un saludo y se volvió paso á paso. — Este escuadrón es más grande que el primero, dijo el visitador. — Tiene algunas plazas más, los tres que hasta ahora se han levantado son de alta fuerza. — ¡Cómo, pues que todavía tienen vds. más gente montada! exclamó el capitán. — Sí, señor, ahora verán vds. al tercero que da la guardia al coronel, es el mejor, porque lo componen la gente decente y más acomodada, y lo mismo sucede con las infanterías que están por allá abajo; le fueron á contar al coronel que venían trescientos hombres, y á marchas forzadas hemos venido á darles encuentro. — Conque según eso el valle cuenta con cerca de trescientos de caballería, y casi con otros tantos infantes. ¿Y este señor Astucia es coronel del ejército. — Sí, señor capitán, es teniente coronel efectivo con el grado de coronel, soldado viejo que ha ganado sus ascensos con su sangre, todo su cuerpo está lleno de horrosas cicatrices; fué desde la insurrección el dedo chiquito del General Guerrero, y es un verdadero liberal. — ¿Y ese nombre de Astucia será tal vez apodo? — No, señores, como desde chico fué muy astuto, el mismo general le puso así y después todo el mundo se lo daba, de modo que en sus despachos, hoja de servicios y cuanto se ha ofrecido así le llaman y él también se firma lo mismo; ahora lo verán vds., es un hombre muy campechano, nada patarato, y como buen sureño de los de por

allá abajo, pocas palabras y machetazos á derecha é izquierda. De todo lo que Lorenzo les fué contando iban infiriendo poco más ó menos qué clase de hombre sería el tal coronel Astucia.

Al llegar al rancho quedaron admirados de ver un par de centinelas que marcándoles el alto los hicieron echar pie á tierra, estaban aunque en traje de rancheros sumamente lujosos, y los del resto de la guardia lo mismo, distinguiéndose en el corral más de cincuenta hombres formados con brida en mano muy decentes y unos caballos hermosísimos. — Pasen, caballeros, pasen, dijo Lorenzo, ¿por dónde está el tioche, teniente García? — Se metió á tirar un rato porque siempre se lastimó la pierna coja. Dejó á los recién llegados sentados en la pieza de afuera con varios de los de la guardia que estaban como de antesala formando corrillo, fumando y en charla, y se internó diciendo: — Voy á avisarle á mi coronel; estoy con vds.

A poco se oyó la voz áspera y ronca del Chango que bien aleccionado en el papel que iba á representar dijo: — Diles que pasen, veremos qué casta de bichos son esos. — Pasen vds., señores, repitió Lorenzo asomando á la mampara. Entraron aquellos hombres á la pieza oscura y no podían distinguir nada. — Abre, Joselillo, abre un poco esa ventana, dijo el Chango enderezándose en la cama en que estaba recostado, y parándose con alguna dificultad, pujando y renegando contra su caballo que le dió un testerazo contra un palo en la pierna enferma; al abrir Lorenzo la ventana no sólo sorprendidos sino aterrados quedaron aquellos hombres al mirar el horroroso rostro del Chango, que hacía aparecer más chocante, una magnífica manga morada con su dragona verde de terciopelo con flecos y muy buenos bordados de oro y galones; junto á la cama estaba parado un machete con puño y cantoneras de plata, con una hoja de cuatro dedos de ancha, en una silla, una chaqueta de paño con presillas de coronel, un sombrero galoneado y unas espuelas plateadas tiradas al descuido. Todo fué observado al instante por los presentes, el Chango se les acercó un poco cojeando, y metiéndole la mano hasta la cara al capitán que estaba primero dijo: — *¿Cómo, estamos ahí, grandísimos picaros! ¿por qué se vienen metiendo como burros sin bozal, pues qué estoy aquí pintado? cuélguenme á éstos, cuélg-*

guenne á éstos antes que los raje á machetazos, y tomó el machete con rabia tratando de desenvainarlo, pintándose en su cara la cólera, echándoles una mirada con sus ojos enchilados, que completamente los anonadó. — Señor, señor, dijo Astucia conteniéndolo, mi coronel no se precipite, y entrando los de afuera también trataron de sosegarlo. — Los señores que aquí mira, prosiguió diciendo Astucia, son enviados del gobierno. — Qué enviados ni qué demonios, son unos pillos que vienen atropellando mi autoridad. — Mi coronel, vd. nos perdone, dijo el capitán todo demudado y temblándole la barba, ignorábamos que aquí había fuerza armada. — Sírvase pasar la vista por mi pasaporte, aquí está en toda regla: vea vd., señor coronel, las órdenes que traigo para visitar la Aduana y demás oficinas recaudadoras, agregó el visitador con semblante cadavérico. — Y aquí está el nombramiento de administrador, dijo el tercero todo pálido y trémulo. — Recoge esos papeles, José, y revísenlos, mandó el Chango dejando el machete y paseándose, cojeando, haciendo gestos á cada paso. — Vienen en regla, entró diciendo otro devolviéndoselos á los interesados. — Mira, Pepe, escribele al gobierno dándole parte de todo, para que no se le vuelva á olvidar que aquí me ha puesto para restablecer el orden. Y á todo esto, señores, ¿ya se desayunaron? — La verdad, mi coronel, no tuvimos tiempo de hacerlo, respondió el capitán más tranquilo. — Pues mira que los atiendan, muchacho, vayan, vayan á desayunarse. — Vamos, caballeros, dijo Astucia, y les abrió la puerta, prosiguiendo quedo cuando salieron: — Lo dejaremos que se le pase tantito el berrinche, tiene sus arranques, pero al mismo tiempo buen corazón; tomen asiento. Tocó las manos, apareció un criado, y pidió desayuno para los señores, otros les ofrecieron puros y cigarros disimulando la risa que les retozaba al ver el susto que habían llevado aquellos sujetos. A poco les sirvieron chocolate con bizcochos, leche y café, mientras Astucia se puso en otra mesa con varios á escribir, y se metió con una pluma á recoger la firma, volvió y cerró la comunicación diciendo: — Este para el gobierno, entren á despedirse del coronel. — ¿Ya echaron su pienso, muchachos? dijo el Chango con semblante afable. — Sí, señor coronel, y muchas gracias. — Cuéntenme, cuén-

tenme, siéntense tantito, ¿cómo está el gobierno, no ha tenido novedad, no está desconchificado como yo? — No, señor, hasta ahora parece que va bien. — Y qué pito vinieron á tocar vds. por estos terrenos? — Yo vine á ver el estado que guardaban las rentas y colocar al señor de administrador. — Y yo sólo á escoltar al señor visitador. — Vaya una cosa chusca, si nosotros no tenemos etiqueta, ¿para qué son esas visitas? — El señor gobernador se volvió un león en cuanto vió que en cuatro meses nada se ha recibido de las rentas de este valle. — ¡Admiren, admiren! ¿conque se volvió león? cuanto vamos apostando á que no fué león sino burro; que no se acuerda que me mandaron aquí para levantar la fuerza y que gaste yo ese dinero hasta que tengamos paz; enséñales, Joselillo, á estos señores mi nombramiento, no crean que hablo por hablar como el gobernador. Vieron todos el nombramiento, lo leyeron, y ninguna duda les cupo. — Pues yo no sé cómo pueda ser esto, exclamó el visitador, y como el nuevo secretario ha querido arreglar la secretaría á su modo, han puesto otros empleados y están todos los papeles reborujados, tal vez... — ¿Pues, preguntó Lorenzo, el licenciado N. qué lo han destituido ó?... — No, señor, murió hace como dos meses. — ¡Ni me lo diga vd., hombre! exclamó el Chango, era tan mi amigo, nos llevábamos mucho, sí mucho; lo siento en el alma, ¡tan buen muchacho, tan vivo! — Como que le dió á vd., replicó Astucia, una buena enjaretada con esto de la Seguridad Pública, estaba vd. mejor retirado de la bola, y no que... — Qué quieres, era amigo, me enjaretó, y yo mientras que resuelle he de servir á mi patria y sobre todo á los liberales. Pero no les hagamos mala obra á éstos señores, mira que los lleven por el rincón del potrero que es camino más corto, que el escuadrón primero se vaya faldando por el cerro de la Culebra, el segundo por Tarimoro, y un piquete del tercero por el centro; vds., amiguitos, váyanse aprisa, porque si á las doce no han pasado el puente de Irimbo, lleva mi gente orden de fusilarlos, entraron al paso, y quiero que salgan al trote, esa es la pena que les impongo; denle memorias al gobierno y buen viaje, que Dios los ayude. ¿Se les ofrece dinero, caballos, alguna cosa? — No, mi coronel. — Pues en marcha. Se despidieron, los guiaron por otro camino,

y casi en fuerza de carrera tocaron retirada temiendo ser fusilados, y teniendo como á milagro haber escapado vivos de las manos del tal coronel Astucia que los confundió con sus gritos de *cuelguenme á éstos*.

— Ahora sí respiramos, dijo el capitán al entrar al huizachal de Jaripeo el grande, ya dejamos atrás el puente y nos podemos contar por vivos. Cada uno fué demostrando su susto sin dejar de voltear la cara cada rato con cuidado, hasta haber rendido la jornada.

Así que marcharon los entompeatados, salió Astucia con el Chango gritando: — Los de guardia. El señor coronel del cuerpo, y todos los que no estaban al tanto de la estratagema tirando las armas corrieron á formar mitote gritando: — ¡Viva el tompeate! ¡viva el coronel tompeate! y traían al Chango de aquí para allí admirando su guapeza y dándole sus galas porque representó perfectamente su papel, mientras Astucia al pie de un frondoso fresno mandó tender mantas y gritó: — Aquí los tompeates para brindar por el tompeate, y en un instante empezaron los criados á vaciar provisiones y destapar botellas cada cual presentando lo que llevaba, casi toda la mañana se les pasó allí enfrascados comentando la ocurrencia del tompeate y suponiéndose mil cosas célebres que iba á originar aquella zanganada, hasta las doce que cada cual tomó su camino.

Casi todo lo que Astucia se imaginó resultó del tompeate dicho, pues presentándose los enviados al gobernador, extrañó mucho su pronto regreso. — ¿Qué les sucedió á vds.? preguntó admirado. — Que por una nada nos cuelgan, respondió el empleado. — En un tris estuvo, agregó el capitán, que nos hubiéramos quedado para pasto de cuervos. — Y por un milagro patente, sostuvo el tercero, contamos el cuento, el coronel Astucia nos mandó colgar, y si no se empeñan una porción de caballeros, echamos buena misión. — Qué Astucia ni qué mentiras, vds. quieren con astucia hacerme creer en un hueso; no han llegado allá, les contaron cualquier embuste y ahora quieren disculpar su miedo y omisión con estudiadas supercherías. — Decimos la verdad, señor, y en prueba de que estuvimos en el valle, mire S. E. la intimación que recibimos estando en Santiago Tuxpan. — Bien, ¿y qué? — Que á pesar de haber ocu-

rrido luego luego al llamado del coronel, éste ofendido porque sin su permiso nos íbamos metiendo, nos mandó colgar por trastornadores del orden. — ¿Pero quién es ese coronel? — El mismo que S. E. nombró jefe de la Seguridad Pública del valle, con muy amplias facultades, siendo una de ellas la de disponer de los fondos públicos hasta restablecer el orden y la paz. — Esa es otra, yo no recuerdo haber tenido semejante locura; y eso es también superchería de vds. — No, señor, sostuvieron todos, hemos tenido su nombramiento en nuestras manos, lo hemos leído, y está firmado por S. E. y el difunto secretario hace más de cuatro meses. — ¿Pero de todo este enredo qué resultó? — Que habiendo conseguido los oficiales del tercer escuadrón sosegarlo, nos pidieron nuestros documentos, los revisaron, nos dieron de desayunar, platicamos con él un momento, y nos dió esta comunicación para S. E. — A ver qué dice, señor secretario. — «Cuerpo de Seguridad Pública de Quencio. Servicio nacional. Exmo. Señor. Merced á las «acertadas y enérgicas disposiciones ordenadas por S. E. y «que tuve el honor de que confiara á mi corta capacidad, voy «rápidamente restableciendo el orden, aunque para ello «he tenido que emplear algunas de las medidas fuertes que «reservadamente se me ordenaron por ese gobierno, desterrando á unos, intimidando á otros y colgando á varios de «los más exaltados enemigos de las instituciones liberales que «nos rigen. Ya tengo cerca de seiscientos hombres sobre las «armas, y en cuanto complete toda la fuerza que S. E. dispuso, le remitiré las listas de revista y demás documentos «relativos, así como también los cortes de caja y cuentas «correspondientes de los fondos que con su superior autorización estoy invirtiendo en los gastos del equipo, armamento, etc. Reciba S. E. por mi conducto un solemne voto «de gracias que le dirigen todos los pacíficos y honrados vecinos de este valle, que bajo el acertado gobierno de S. E. comienzan á respirar tranquilos en sus hogares disfrutando «de la suspirada paz, á la sombra del sistema federal que los «abriga con sus firmes garantías. He apreciado sobre manera «la visita del empleado portador de éste [aunque en parte no «ha dejado de resentirse mi delicadeza], pues él podrá infor-



¿Por qué se vienen metiendo como burros sin bozal?

« mar á S. E. de cómo tengo arreglada mi vigilancia, para no
« dejarnos sorprender de los enemigos del sistema ni trastor-
« nadores del orden.

« Reciba S. E. las sinceras protestas de mi adhesión, como
« corta prueba de mi respeto. — Dios, Libertad y Federación.
« Campo de San Victoriano, sobre la marcha, tantos de tantos.
« — Astucia. — Exmo. señor gobernador del Estado libre é
« independiente de Michoacán. Del jefe de la Seguridad Pública
« del valle de Quencio. »

— Esto está peor de lo que yo me había figurado, ahora me-
nos comprendo este enredo; á ver, señor secretario, busque
vd. por ahí á ver si sobre esto hay algún antecedente, porque
yo no ato ni desato, á ninguno he conferido semejante encargo
ni menos le había de dar esas facultades; dice que ya tiene
como seiscientos hombres y... — No le quepa á S. E. duda,
dijo el capitán, sólo nosotros hemos visto tres escuadrones lin-
dísimos, y como el ayudante que nos condujo es medio apan-
tallado, poco á poco, sin que lo conociera lo fuimos haciendo
desembuchar y nos confesó que ya tienen cerca de trescientos
infantes y aun nos dió varios informes muy ciertos, relativos
al coronel. — ¡Seiscientos hombres! necesitábamos dos mil
para ir á desarmarlos, á pesar de que hasta ahora creo que no
tienen carácter hostil. — No, señor, todo lo contrario, el co-
ronel que los manda es un decidido liberal, aquello está tran-
quilo y todos muy contentos. — Pues con razón me dan aquí
un voto de gracias por su conducto, y vaya vd. á contrariar
ahora una disposición que me atribuyen, de la cual aquel valle
empieza á gozar de la paz suspirada bajo la benigna sombra
de mi gobierno, por eso las autoridades de por allá han dejado
de molestarme con su cantilena de que les mande quien los
auxilie. ¿Pero eso de disponer de los fondos me cala sobre
manera? ya se ve, ¿de qué otro modo podría ese hombre le-
vantar una fuerza en tan corto tiempo? y seiscientos hombres
sobre las armas pesan, yo no tengo con que desbaratarlos, tal
vez el día menos pensado podrán servirme y lo más razonable
es hacer que ese coronel que es tan decidido liberal forme uno
ó dos batallones para sostenernos, esa gente es más entusiasta,
aguerrida, no tan viciosa y... ¿Pero dígame vd. qué casta de

hombre es ese coronel Astucia? — Es uno de tantos soldados viejos que sus grados los ha ganado con su sangre, desde su niñez fué el dedo chiquito del presidente general Guerrero, es teniente coronel efectivo con el grado de coronel, y como buen sureño hombre de pocas palabras y muchos machetazos. — ¿Y su personal? — Horroroso, una cara infernal, unos ojos que despiden lumbre, cuando está enojado parece un león, y ya sereno es muy jovial chancero, nos mandó dar de desayunar, nos ofreció dinero, caballos, en fin, se demostró tan cortés y comedido, como antes furioso y temible. — Pues entonces ya merece más atención, basta que sea de la escuela del general Guerrero, porque ése fué el mejor liberal de buena fe, y firme defensor de nuestras garantías.

— No hay en toda la secretaría más antecedente que este montón de comunicaciones de aquellas autoridades que tienden á un sólo fin, pedir auxilios de fuerza armada, dijo el secretario. — Seguramente mi antecesor por acuerdo verbal con S. E. procedió al nombramiento de este señor coronel. — No lo recuerdo y hasta su nombre me es extraño, pero á la altura en que encuentro el negocio, es imposible desbaratar lo hecho; que esas comunicaciones sean la base de un expediente, póngale vd. en forma, agregue el auto para la visita, ponga el informe del visitador, la intimación, esta comunicación última, en fin, para más aclaración de todo, y que la secretaría no esté á oscuras de las disposiciones que sobre esto se sigan tomando, que estos señores declaren todo lo que vieron y les consta, con cuanto pormenor sea conducente; carecemos por ahora de esos fondos, voy á estudiar el modo de conseguir del congreso, que apruebe esa disposición, ya veremos si para más tarde esto se puede poco á poco irse corrigiendo con prudencia. Yo no sé cómo al difunto licenciadito se le fué á pasar esto, tal vez conocía al dicho Astucia. — Eso ha de haber sido, dijo el visitador, porque se apesadumbró cuando le dije de su fallecimiento, diciendo que era muy su amigo y otras alabanzas. — Y aun el ayudante, agregó el capitán, le recordó que el licenciado lo había enjaretado para admitir el nombramiento. — Pues entonces, ya está aclarado un misterio, tomó esa disposición el secretario, tal vez me lo propuso para calmar la grita

de aquellas gentes, y como se enfermó y esto estuvo todo trastornado, no tuvo tiempo más que para enjaretar al tal coronel, y ahora éste me ha enjaretado á mí que á fuerza de fuerzas enjaretaré al congreso.

Se formuló el expediente, y no sólo declararon lo que vieron los enviados, sino que quedó asentada hasta la filiación del coronel Astucia, y dijeron que era un hombre de más de cincuenta años, nacido en el rumbo de Acapulco, cargado de hombros, con el pescuezo muy corto, chaparrón, cojo de la pierna izquierda, pelo crespo cerdoso y cano, frente muy estrecha, ojos enchilados, nariz aplastada y de anchas ventanas, boca grande, con labios carnosos amoratados, barba poca, color trigüeño obscuro, con algunas manchas de pinto azul, y sumamente holloso de viruelas.

Todo quedó escrito y fué á ocupar su respectivo lugar en el archivo, sin que ya sobre ese punto se tomara disposición alguna. Ya que habían pasado más de dos meses, no teniendo el gobierno más noticias que los partes del Prefecto de sin novedad, mandó el gobernador al secretario que le escribiera directamente al coronel Astucia, exigiendo los cortes de caja, listas de revista, etc., reconociéndolo con este hecho como jefe de la Seguridad Pública. Contestó muy largo mil palabras que en substancia nada aclaraban, aplazando para más tarde la remisión de documentos que por atenciones más exigentes no habían tenido tiempo de arreglarse. Luego puso un parte reservado diciendo que había sofocado en su cuna una conspiración. Le contestaron recomendándole la vigilancia y agradeciendo su actividad y celo, y así se habían pasado nueve meses oficiándose directamente con el gobierno. Luego que acabó de pagar el armamento, se dedicó á establecer escuelas hasta en el pueblecillo más miserable, poniendo buenos preceptores con trescientos pesos anuales el que menos, emprendiendo cuanta obra pública podía para beneficio general, andando continuamente por todas partes mirando si cumplían sus órdenes, y espiondo á los macutenos para darles un buen susto. El día menos pensado empezaron los merinos ó topiles de los juzgados á llegar con noticias diciéndole: — Mi coronel, por tal parte han entrado cinco hombres armados. — Señor, anoche pasaron